

# La noche final

Adrián Argento



# Capítulo 1

## La noche final

Gonza estira el brazo, mantiene la mano suspendida sobre el despertador, duda, pero el brazo cede, el dedo aprieta el botón, el sonido desaparece y la mano vuelve despacio a la placidez de la almohada.

La persistencia de una sirena cercana lo despierta un rato más tarde. Se sienta al borde de la cama y mira el reloj. Le arden demasiado los ojos, se nota pegajoso, turbado, muy cansado todavía, pero hace el esfuerzo para ponerse de pie y camina lento hasta el baño para detenerse frente al espejo. Los rulos aplastados, los ojos saltones, las gotas de transpiración le cubren la frente y caen por las mejillas hundidas sobre la barba de dos días. Sabe que llegará tarde al hospital, pero igual opta por una ducha ligera antes de salir.

Deja el edificio unos minutos después, sin desayunar, con los rulos estirados goteando sobre la remera fucsia. Cruza la calle por la mitad de la cuadra y continúa por la sombra hasta el portón de la cochera. Lo abre del todo y se encamina hacia el fondo. A mitad del trayecto, una paloma gris en el piso. Rígida, inmóvil, con las patas estiradas hacia arriba.

Cuando está por llegar al auto, otra. La esquiva sin detenerse, da los últimos pasos y llega al coche. Junto a la rueda delantera, una más. Aletea y se sacude convulsivamente entre la rueda y la columna del tinglado. Blanca, con algunas plumas azules a los costados, de las comunes.

Gonza se agacha para tomarla con las manos, la deja parada y le pregunta qué le pasa. La paloma cae aleteando de costado. Vuelve a intentarlo y sucede lo mismo, aunque esta vez la paloma deja de aletear. Gonza no se resigna, prueba por tercera vez, pero cuando la está levantando detiene el movimiento. La cabeza cuelga inerte del cuello estirado. Entonces la deja junto a la columna y vuelve a observar el piso del estacionamiento. Dos más debajo de una camioneta y tres o cuatro al fondo, en el rincón. Se pone de pie y levanta la vista hacia la torre de la catedral. Varias en el borde de la cúpula, tres en la parte horizontal de la cruz y una en la punta. Y justo esa, la de la punta, en el momento en que Gonza la mira, empieza a desplomarse. Rebota en la parte sobresaliente de la cruz, golpea sobre la torre, resbala hasta el techo de la catedral y desaparece en el patio lateral del Obispado. No la ve estrellarse, pero imagina el golpe seco mientras abre la puerta del auto y sube negando

con la cabeza.

Otro infeliz envenenando palomas, como el loco de los perros, cada día más chiflados acá. ¿Qué le pueden molestar las palomas? Ensuciarán las paredes, cagarán un poco. ¿Qué tiene de malo?, se pregunta saliendo de la cochera para atravesar el centro de Neuquén y transitar hacia el hospital.

Va despacio, muy lento, la circulación se detiene en una esquina, la calle repleta de autos, apenas se mueve la fila. Supone que el microcentro estará peor y se pregunta por qué no va en colectivo. Tardaría lo mismo, tal vez menos. O en moto, se le ocurre. Avanza unos metros más. Algún día se comprará una moto chica para moverse por el centro, así también evitaría los embotellamientos y las vueltas para estacionar. Además no gastaría tanto en cochera ni en combustible.

Llega a plaza, el semáforo en verde, marcha unos metros, pero no alcanza a cruzar. Transpira, espera, verde otra vez, avanza, pero frena para darle paso a la ambulancia. La sigue una hilera de autos, ninguno respeta el semáforo.

Todos los años lo mismo para esta fecha, la gente desesperada a último momento, a todo el mundo se le ocurre salir a las corridas, piensa a la vez que se le presentan sus hijos. Debería haberles comprado algo para Navidad, los chicos siempre esperan la sorpresa de Papá Noel, aunque ya sepan.

A la tarde, a la tarde sin falta se dará una vuelta por el centro, ya sabe lo que quieren. O va con ellos, ya verá, quedan varias horas para decidirlo.

Avanza para cruzar, pero se le anticipa otro vehículo de la derecha. Gonza le grita, un insulto breve, espontáneo. Atrás del auto siguen pasando otros. De nuevo rojo. Gonza suspira, le falta el aire, abre la ventanilla y gira la cabeza hacia la plaza.

Amontonamiento alrededor de un hombre en el piso. Se habrá descompuesto por el calor, supone mientras detiene la mirada en el pasto, debajo de un árbol. Varias palomas inmóviles. Levanta la vista hacia el palacio municipal. Ninguna en el techo, tampoco en Tribunales ni en los demás edificios. Vuelve al hombre del piso, dos se agacharon para ayudarlo. Verde otra vez, alcanza a cruzar, pero a la mitad de la cuadra se interrumpe la marcha nuevamente.

Más de media hora para transitar quince cuadras. Le parece que la temperatura ha pasado los cuarenta grados. Se va acercando al hospital, mira el reloj del tablero, diez y diez, dos horas tarde, deberá

aguantarse otro llamado de atención.

Tendría que haberme quedado en casa, murmura. Avisaba por teléfono que no podía ir, tomaba mate piola, salía a comprar tranquilo y llevaba a los chicos a comer hamburguesas. De paso Lucre podía hacer sus cosas con tiempo, dice y se detiene. Justo después de nombrarla, se detiene.

La imagina gritándoles a los chicos, corriendo de una habitación a otra del departamento, preparando todo para la noche, para ir al country del hermano.

¿Y a qué voy a ir? ¿A qué carajo voy a ir yo al country? ¿A ver la cara de culo que me pone Lucrecia cada vez que digo algo? ¿A que me pregunten dónde voy a veranear? No sé dónde voy a pasar el veinticinco y quieren que sepa dónde voy a ir de vacaciones. Ni en pedo, ni que me lo pidieran los chicos. A pescar con el Pelado me tendría que ir. O con una mina a la cordillera, en carpa hasta el primero de año con una pendeja de veinte. Eso tendría que hacer.

Me alquilo una cabañita frente al lago y salgo a pescar temprano. A la tarde una buena caminata y todas las noches un asadito al aire libre, con un buen vino, mientras charlamos y miramos las llamas o las estrellas hasta la hora dormir. Tranqui, bien piola, lejos de todo esto.

Otro semáforo en rojo, más embotellamiento y más palomas y pájaros en el piso. Pero qué mierda pasa, pregunta en voz alta y enciende la radio.

Debería haberme quedado, un día que falte al laburo no pasa nada. Presento certificado y listo, si todos hacen lo mismo... ¿Y los bebés? Los bebés no tienen la culpa, hay que atenderlos igual. El locutor interrumpe los pensamientos de Gonza:

*"Repetimos: Las autoridades acaban de anunciar la suspensión de todas las actividades previstas para el día de la fecha, aconsejan a la población de la provincia no salir de sus casas ni utilizar vehículos para circular por la vía pública. En instantes, más noticias sobre lo que está aconteciendo".*

¡Hubieran avisado antes, siempre tarde las autoridades, para todo tarde estos pelotudos! Hasta un idiota se da cuenta que no conviene salir hoy, pero uno tiene que hacer las cosas igual, mirá si todos se quedaran en la casa.

Otra ambulancia cerca.

Los autos se abren hacia los costados, circulan a paso de hombre, el semáforo cambia a verde, la ambulancia se aproxima, Gonza acelera, logra adelantarse un par de metros y frena. El locutor otra vez: "  
*Reiteramos la noticia, debido a la complicada situación que se registra en*

*toda la región desde las primeras horas...”,* está diciendo el locutor cuando Gonza siente un golpe brusco en el coche. El auto se mueve violentamente y embiste al Bora rojo que está adelante.

¡La concha de tu hermana!, grita Gonza mirando por el espejo retrovisor a la camioneta blanca que acaba de investirlo.

¡Pero qué hacés tarado, no viste que frené!, grita bajándose del auto. El del Bora se acerca también. El conductor de la camioneta está con la cabeza apoyada sobre el volante, entonces Gonza le golpea el vidrio.

—Frené y me chocó de atrás —le explica al hombre del Bora, que ya está junto a él. Un joven corpulento, en musculosa y bermudas, con los brazos repletos de tatuajes.

—¿Qué le pasó a este pelotudo? —pregunta el de los tatuajes.

—¡Un pedo bárbaro debe tener, mirá cómo está! —dice Gonza y le vuelve a golpear el vidrio. El conductor no se mueve, la sirena de la ambulancia persiste a pocos metros, los autos no encuentran espacio, imposible circular.

Como el conductor no responde ni se mueve, Gonza abre la puerta de la camioneta para preguntarle si se golpeó. El hombre gira la cabeza, los mira boqueando y se lleva las manos a la garganta.

—¡Llamá al médico de la ambulancia!, decile que tenemos una emergencia— grita Gonza. El de los tatuajes corre hacia la ambulancia.

Gonza asiste al hombre hasta que llega el médico. Algunos curiosos rodean la camioneta. El médico pide ayuda para sacarlo del vehículo, lo bajan por la puerta del acompañante y lo acuestan sobre la vereda.

—Me parece que es un infarto —dice Gonza.

El médico lo revisa rápidamente, le toma el pulso, le mira las pupilas.

—¡Otro más!, un desastre esto —dice.

Gonza regresa a su auto. Ningún vehículo se mueve, los bocinazos continúan, el reloj del tablero marca diez y media, el locutor continúa hablando: *“hasta tanto se normalice la situación. Acaban de informar que los vuelos se encuentran cancelados hasta nuevo aviso. Repetimos, por favor, no salgan de sus casas, ya comunicaremos cómo proceder apenas tengamos información”*.

Gonza levanta la cabeza, analiza unos segundos la situación y decide dejar el auto para continuar caminando. Lo enciende y logra acomodarlo a

un costado. Luego camina hacia el médico y le pregunta qué pasa que por la radio piden que la gente no salga.

—No se sabe, parece que hubo un escape tóxico —responde el médico mientras asiste al hombre tendido en el piso.

Gonza gira y localiza al de los tatuajes, le explica que ya debería estar trabajando y le pide que tome los datos de la camioneta así hacen el reclamo juntos. Le deja su número de celular y le explica que él tiene seguro, de alguna manera van a arreglar todo, pero que ahora debe irse rápido porque lo están esperando en terapia intensiva.

El joven agenda el número. Gonza se aleja esquivando los coches amontonados, que siguen tocando bocina, cada vez se atascan más, la gente se baja, deja las puertas abiertas, buscan la sombra de los árboles.

En la esquina, otro hombre en el piso, también descompuesto. Una mujer cae cuando va cruzando la calle. Dos conductores se bajan e intentan ayudarla. Gonza colabora, la llevan a la vereda para recostarla en la sombra. Se acerca un hombre diciendo que es médico. Gonza continúa caminando, saca el celular para mirar la hora. Apagado. Lo enciende. Avanza rápido observando la pantalla, transpira, se agita, se marea. Disminuye la marcha para no agitarse tanto. Marca en el teclado del celular y espera.

—Hola Lucre, soy yo.

—¿Qué pasa?

—Estoy yendo para el hospital.

—¿A esta hora recién vas?

—Sí, se me hizo tarde.

—Me imagino, saliste temprano para hacer las compras y...

—No te imagines nada, anoche fui a lo del Pelado a ver la final de la Libertadores y se nos hicieron las dos de la mañana. ¿No me vas a felicitar?, otra copita para el rojo.

—Sí, copitas las que se habrán tomado ustedes.

—Nada que ver, tomamos un par de cervezas, pero pensá lo que quieras, total...

—¿Para qué llamas?

—Para saber cómo están los chicos.

—Duermen.

—Te aviso que el centro es un quilombo, no vayas a salir en auto que no se puede ni andar, además parece que hay algo tóxico en el aire.

—Estaba esperando a la chica para salir, seguro que ahora llama y me pide el día, total, excusas nunca le faltan. Y hoy es 24, no es feriado, no me puede dejar acá plantificada.

—Por ahí no pudo llegar, no sabés lo que es el centro.

— Hubiera salido más temprano..., vos siempre defendiendo a los demás.

—Fuera de joda, asomate al balcón y vas a ver, además un tipo me chocó de atrás y me hizo mierda el auto, por eso te llamaba, no voy a poder pasar a buscar a los chicos.

—¡Ya me parecía, ya me parecía!

—En serio, tuve que dejar el coche en la calle.

—Igual podés venir en taxi, vos les prometiste...

—Escuchame Lucre.

—Yo sabía que no ibas a cumplir, ives lo que digo, te comprometés con una cosita y...!

—¡Pará un poco!, no te estoy diciendo que algo pasó, prendé la tele y vas a ver. Si para la tarde está todo bien los paso a buscar y los llevo a comprar juguetes o lo que quieran, vos despreocupate.

—Son ellos los que se desilusionan, yo ya estoy curada.

—Hagamos una cosa, te llamo al mediodía y te aviso cómo viene la mano, por las dudas no salgas, un quilombo va a ser hoy. Te dejo que voy llegando al hospital, después llamo, chau.

—Esperá, esperá, escuchame, recién me habló tu vieja, dice que te llama al celular y no la atendés.

—Lo tenía apagado.

—Bueno, hablale, algo le pasó a tu papá.

—Okey, ahora la llamo, te corto porque no escucho nada, todos tocando bocina acá —dice Gonza deteniéndose en la vereda del hospital.

Un grupo de personas se dirige a la entrada. Amontonamiento alrededor de la puerta principal, la gente empujándose, gritando. Gonza decide evitar la congestión e ingresar por el estacionamiento. Circula entre los autos hasta la puerta blanca, abre y cruza al patio interno.

Cuando está por llegar al otro lado se siente agitado. Se recuesta contra la pared para recuperarse. Recuerda lo que dijo Lucrecia sobre su madre y saca el celular para llamarla. No responde. Intenta otra vez. Lo mismo. Decide entrar y llamar después.

Abre la puerta y va hasta el vestidor del servicio. Se pone el ambo azul y cuelga la ropa en su locker, junto al traje y la peluca verde de payamédico. Sale apurado hacia la sala de Neonatología y saluda como siempre al entrar: Bueeenas, dice desde la puerta.

Nadie responde.

Tres salas vidriadas alrededor del office de personal. Cerca de la puerta de entrada, a la derecha del office, las cunas de pre alta; en el sector medio, al fondo del salón, las incubadoras de engorde; y a la izquierda, el sector de los críticos, el más aislado y complejo. Dieciocho incubadoras en total, todas ocupadas.

Mira hacia la derecha, la puerta del baño entreabierta. Da otro vistazo rápido a la sala y le llama la atención que haya una sola enfermera. Gonza se dirige al office, sus oídos se van acostumbrando al sonido de las máquinas, al murmullo del instrumental, empieza a diferenciar los bips, los respiradores mecánicos y la música suave que proviene del mostrador del office. Siempre la 99.4. Siempre que Victoria está trabajando en la sala.

Victoria gira y suelta un gesto espontáneo que parece una sonrisa. Gonza vuelve a la entrada para lavarse las manos.

—¿Cómo anda mi reina? —pregunta frotándose las manos.

—Hola, ¿cómo andás? —contesta ella cortante.

Gonza nota algo raro en la respuesta y la vuelve a mirar. Está como siempre, con el pelo recogido en una colita y los ojos apenas pintados.

—¿Estás sola? —pregunta Gonza sorprendido.

—Sí, la doctora salió hace un rato y todavía no volvió; Sonia y Raquel terminaron el turno, se fueron pensando que las chicas ya venían, pero Cami recién avisó que está descompuesta, seguro que presenta certificado, como siempre. ¿Y quién se queda?, la boluda, ¡quién se va a quedar!

—Seguro que vienen retrasadas, no sabés lo que son las calles, mirá la hora que se me hizo a mí, además choqué acá a dos cuadras, por eso llegué tarde, un quilombo el centro, te aviso por si tenés que ir a algún lado.

—Ni me lo digas, de acá me iba a hacer las compras.

—¿Y por qué no compraste antes?, viste que para esta fecha...

—¡Porque no tenía plata, por qué va a ser!, si recién ayer nos depositaron el aguinaldo, ¿o no sabías vos?

—Bueno mi reina, no se enoje conmigo que no tengo la culpa de que las chicas no lleguen.

—Es que no sabés la noche que tuvimos, y la doctora no pudo hacer nada en toda la mañana, vino re descompuesta, y yo a las ocho me tendría que haber ido, ¿se llegan a enterar de arriba que las chicas se fueron sin esperar el reemplazo?

—Ya van a llegar, ya van a llegar.

—Igual, nadie se puede ir antes de la sala, aunque sea el día que sea, todos vivos acá, total, siempre hay una tarada...

Gonza va secándose las manos mientras se acerca a Victoria.

—Un besito —le dice y se inclina apuntándole a la boca, pero ella le presenta la mejilla, gira y vuelve rápidamente a su tarea. Prepara biberones sobre el mostrador.

—Voy a tener que alimentar yo mientras viene alguien, si no...

Gonza termina de secarse las manos, hace un bollo con el papel, lo tira desde el mostrador, emboca en el cesto de la basura y eleva los brazos para festejar. Victoria sonrío. Una sonrisa tibia, un gesto que no logra ocultar lo que Gonza advierte. Supone que hubo alguna novedad en la búsqueda de Victoria, quizá en estos últimos días pasó algo importante y él no se enteró. Entonces deja para otro momento el chiste y opta por una

pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¡Cómo nada!, estuviste llorando, algo te pasa.

—¿Pasó algo, discutiste con alguien? —dice Gonza secándose la frente con otro papel.

—Mejor ocupate de los pacientes que ya es tarde.

—Okey, hagamos una cosa, atiendo y mientras me contás qué te pasa.

—Mejor atendé, no quiero hablar acá, si querés charlar llamame a la tarde y hablamos.

Gonza supone que averiguó algo sobre la mujer que le podría develar la verdad sobre su origen y necesitarán un largo rato para hablar sobre el tema, en ese caso se le haría tarde para buscar a los chicos, entonces le responde que a la tarde no puede.

—Bueno entonces cuando tengas tiempo, ¿para qué preguntás? —dice Victoria volviendo al tono cortante.

—¡Epa!, tampoco es para que contestes así.

—Atendé a los pacientes, mejor.

—Pero adelantame un poquito aunque sea, algo te pasa.

—Muchas cosas me pasan, como a todo el mundo..., pero ahora no tengo ganas de hablar, en serio.

Es por el ex marido, cree Gonza, y para ese lado dirige sus palabras:

—¡Ya sé!, otra vez vino a hincharte las pelotas. ¡Te dije, a ese tipo tenés que meterle una denuncia o te va a seguir jodiendo!

—¿Una denuncia?, ¿para qué, para meterme en otro quilombo?

—Y, si vos no querés saber más nada con él, y el tipo no lo acepta, alguien se lo tiene que hacer entender.

—Ya se le va a pasar cuando encuentre a otra, si son todos iguales.

—Yo que vos lo freno con una denuncia, no podés estar pendiente todos los días a ver si está esperándote en algún lado o que te joda por teléfono. Denúncialo, vas a ver cómo enseguida lo ponen en su lugar, si querés te acompaño... —suelta Gonza mirándola.

—Mejor no hablemos, ¿para qué?, si después vos te vas con tus cosas y la que se queda mal soy yo.

—Te pregunto porque a veces uno necesita ayuda o que lo escuchen.

—Acá los que necesitan ayuda son los pacientes, así que ocupate de eso que hace rato deberías haber terminado —dice cortante Victoria.

—Uh, ya te parecés a...

—¿A quién? —pregunta ella apuntándole la mirada.

Gonza debe mentir, una mentira que no es gran mentira, porque Victoria sabe a quién se parece cuando le recrimina, pero como no es de quedarse callado, contesta lo primero que se le presenta:

—A todas —dice caminando hacia la sala de la derecha.

Gonza introduce las manos en la primera incubadora y presiona el tórax del bebé ejerciendo una sostenida vibración.

—Si me querés contar, te escucho, me interesa lo que te pasa, de verdad —dice mirándola y acomodándose los rulos que la caen sobre la frente.

Está bien lo que dijo, muy bien. Sí señor, lo que las minas quieren es que les presten atención y las escuchen. Y que si las escuchan, las escuchen bien escuchadas.

Pero Victoria parece no haber captado la profundidad de la insinuación y apenas esbozó un gesto que Gonza interpretó como que no debe insistir, cuando ella no quiere hablar, no quiere hablar.

Gonza pasa al segundo prematuro. Trabaja y especula:

Ella espera que le demuestre interés. O le confirme que podríamos

blanquear la situación, eso debe ser.

Momentito, estamos hablando de otra cosa, no mezclemos los tantos, estamos en que ella estuvo llorando.

Gonza levanta la vista. Ella deja el bebé en la incubadora y se aproxima a la cuna del rincón sin responder.

Y no me va a contar. Por lo visto va a seguir trabajando hasta que llegue la hora y chau, hasta mañana, que me quede con las ganas. Saben cómo hacer para que uno piense. Pero bueno, tampoco uno puede andar rogando todo el día.

¿Y si tiene miedo de que yo sea como el ex? El que se quema con leche...

Las minas quieren que uno las tenga en cuenta, partamos de ahí. Entonces Gonza retira las manos de la incubadora e insiste con lo primero que le sale:

—Dale, Vicky, contame mientras, te escucho.

—Bueno, pero primero atendé, después tomamos unos mates y te cuento.

—Buenísimo, pero aunque sea adelantame de qué se trata. ¿Es por tu ex o por lo otro que estuvimos averiguando?

—No, con mi ex —dice ella y en sus ojos se insinúa algo que, aunque intente ocultarlo, brilla de todas maneras. Gonza aspira a revertir rápido ese brillo de la única manera que se le ocurre, con un chiste:

—Yo también tengo problemas con mi ex marido.

Y ella, a través del brillo, después de cerrar unos milímetros los ojos, sonrío. Ahora Gonza se siente satisfecho. Y sucede lo mismo que intenta provocar en los demás: sonrío también.

Victoria le pide que siga Carlita que está saturando muy bajo.

—Okey —dice Gonza, introduce las manos por los agujeros laterales de la incubadora y gira el cuerpo de la beba para iniciar las maniobras.

Transpira, algunas gotas caen sobre la carcasa de la cuna. Cambia de posición a Carla, la aspira, la somete a suaves vibraciones manuales sobre las costillas, la vuelve a aspirar y termina. Se seca la frente, da unos pasos protestando por el calor y se acerca a otra incubadora.

Antes de empezar, casi sin darse cuenta, habla:

—¿Fue a tu casa o te llamó para arruinarte la Navidad?

Y ella, en vez de esperar el momento de los mates, directamente le cuenta mirando al bebé que tiene en brazos:

—Está rayado, es un infeliz que ni sabe lo que quiere y se la desquita conmigo, eso es lo que pasa.

—¿No me digas que te fajó?

—Nooo, si me tocara sería distinto, ahí sí lo denunció. Pero no sabés con lo que me salió ahora, eso me tiene mal, por eso estoy así.

—¿Qué te dijo?

—Que si no vuelvo con él antes de fin de año, se pega un tiro.

—Mierda —dice Gonza.

—¡Ah, viste!, ¿te imaginás si le llega a pasar algo?, te das cuenta la que me hace ahora.

—¿Y no le sugeriste que vea un psicólogo?

—¿Al psicólogo?, qué va a ir al psicólogo!, él cree que cuando tenga menos problemas en el trabajo vamos a volver a estar como al principio, está convencido de que me trataba mal por eso, no se da cuenta de nada.

—Igual, vos no tenés la culpa, que se descargue donde corresponde —dice Gonza y se detiene en la última incubadora. Un prematuro de un kilo doscientos. Inmediatamente observa el saturómetro: 80 por ciento. Le mira los dedos azules y le pide a Victoria que llame urgente a la doctora. Victoria va hasta el mostrador, levanta el teléfono y marca el interno.

—No me atienden —dice.

—Avisá que está cianótico, que vuelva enseguida o llamá a pediatría para que venga algún médico.

Victoria vuelve a marcar en el teléfono. Gonza abre más la válvula de oxígeno y verifica valores.

—¡Pero dónde mierda se metió, en vez de estar acá! —grita Gonza mientras le acomoda la bigotera y controla que no se haya soltado la vía endovenosa. Abre más la válvula de oxígeno y espera, pero el bebé no

reacciona ni le varía la saturación en sangre.

Victoria vuelve del mostrador diciendo que ya viene alguien de pediatría.

—Va a entrar en paro —anuncia Gonza.

Las pulsaciones se aceleran, la alarma no deja de sonar, Gonza abre más el oxígeno, le da aire comprimido y empieza con las maniobras.

Se abre la puerta, un residente de pediatría se acerca a la cuna.

—Está descompensado y cianótico, ahora entró en paro —explica Gonza.

—Te ayudo —dice el médico.

Victoria se ubica junto a Gonza. El médico parece dudar para empezar con las maniobras, no se decide a tocar el bebé. Victoria lo observa y niega con la cabeza. El residente mantiene las manos detenidas en el aire y los ojos fijos en el paciente.

—Está bien doc —dice Victoria mientras rodea la cuna y se ubica en lugar del médico, que da unos pasos para observar desde los pies de la incubadora.

Victoria y Gonza insisten varios minutos con maniobras redundantes, se exceden en la cantidad de pasos, repiten la rutina hasta que se dan por vencidos y dejan de mover las manos.

Unos segundos después, Victoria habla.

—Andá, andá que nosotros nos ocupamos, lo que sí, después vení a preparar el certificado —le dice al médico. El residente pide disculpas, aclara que es su primera semana y sale explicando que en un rato vuelve. Gonza y Victoria permanecen en silencio, sin separarse de la cuna, en una escena interminable.

Situación que han vivido, sin embargo siempre es duro el momento. Para Gonza es una derrota. Para Victoria es mucho más.

Un minuto, dos, frente a la cuna, hasta que Gonza corta la situación diciendo que ya vuelve.

Camina hacia la entrada, sale al pasillo y apoya la espalda en la pared. Los últimos suspiros se repiten. Apenas los percibió en las puntas de los dedos, en el leve movimiento del tórax, en el silencio de Victoria, en el dolor que siente.

Una mujer pasa por el pasillo. Gonza mueve lentamente la cabeza a un lado y otro repitiendo el mismo insulto, hasta que oye gritos que lo sobresaltan y levanta la cabeza para mirar hacia el recodo. Los siguientes alaridos lo sobresaltan otra vez. Entonces camina hacia allá mirando por los ventanales que dan al patio interno. Dos personas en el piso tomándose la garganta.

Empieza a correr por el pasillo, pero necesita detenerse para respirar. Continúa despacio, dobla y encuentra a una mujer llorando. Supone que es la que gritaba y se acerca para preguntarle qué le pasa. La mujer señala el consultorio. Gonza se asoma, ve una nena boca arriba, inmóvil. Entra y se agacha para tocarla, le busca el pulso, le apoya la oreja en el tórax, pero no encuentra latidos.

Se levanta e intenta correr hacia la guardia. De nuevo se agita y le falta el aire, entonces avanza despacio hasta llegar a una de las salas de enfermería. La médica de Neonatología en el piso, boca arriba, ahogándose. La asiste un médico mientras un enfermero la ventila con una revista.

—¡No hay más acá abajo, ya revisamos todo! —grita la enfermera que se acerca por el pasillo.

—¿Y si la llevamos a terapia? —sugiere el enfermero.

—¿Qué pasa? —le pregunta Gonza a la enfermera que tiene más cerca.

—¿No viste lo que es la entrada?, un desastre, todos descompuestos con falta de aire y no queda ni un tubo de oxígeno.

—Y abran un poco las ventanas, con el calor y la gente que hay acá adentro...

—Nooo, afuera está peor —dice la enfermera.

Entonces Gonza retrocede un paso y mira hacia la guardia. Muchas personas gritando detrás del vidrio. Inmediatamente gira para regresar a Neo. Por la mitad del trayecto, alcanza a una mujer delgada de unos cuarenta años con el pelo suelto hasta los hombros. La mujer empuja una silla de ruedas en la que va un viejo con la mascarilla verde en la cara. Ella se esfuerza, le cuesta moverla, como si la silla tuviera las ruedas trabadas o le pesara demasiado. Gonza la esquiva, ella le pregunta por dónde salir.

—Por allá —dice él señalando la puerta—, pero mejor no salgan, parece que afuera está peor.

—Pero acá no se puede respirar —dice la mujer, que sigue empujando la silla y parece muy agitada.

El viejo de la silla levanta la mano señalando adentro de un consultorio. Gonza mira. Una persona sentada en la camilla. Parece dormida, la cabeza apoyada contra el rincón de la pared. Al viejo se le cae el brazo y le queda colgando al costado. La mujer intenta esquivar las piernas de un hombre que se recostó en el piso.

Gonza se marea y apoya la mano en la pared. La mujer se aleja. Gonza entra al consultorio de la derecha, mira debajo de la camilla, en los rincones y sale. Unos metros más adelante, otro hombre en el piso. Gonza se agacha para tocarle el cuello, pero no le encuentra pulso. Se levanta y entra al próximo consultorio, revisa atrás de la puerta, debajo de la camilla y, entre el escritorio y la cortina, ve un tubo. Lo levanta y vuelve hacia la sala de enfermeras.

—Acá encontré —anuncia al llegar.

—Tarde —le responde una de las enfermeras sentada en el piso. La misma que dijo tarde, lo mira y le pregunta:

—¿Qué mierda pasa?

—No sé, menos que ustedes sé, algo en el aire por lo que escuché.

—No se puede ni respirar ya —dice el médico desde el piso, con la espalda contra la pared, sin soltar la mano de la médica.

—¿Qué hacemos? —pregunta una de las enfermeras.

—Vamos a otro lado —dice la compañera.

Las enfermeras intentan ponerse de pie, se apoyan en la mesada, Gonza ayuda.

—Vayamos a terapia intermedia —ordena el médico, que también intenta ponerse de pie.

—Tomen, interviene Gonza, acá hay un tubo.

—¿Te fijaste si tiene? —pregunta la enfermera.

—Le queda la mitad todavía —dice y se lo entrega de inmediato.

—Al ascensor, hay que ir al ascensor —insiste el médico mientras van saliendo de la salita hacia el pasillo. Se sostienen entre ellos, van

apoyándose en las paredes, los gritos continúan en el hall de entrada.

Gonza se acuerda de la sala, de los bebés, de Victoria. Entonces gira y regresa lentamente. Después de doblar, otra vez la mujer con la silla de ruedas. Grita e intenta colocarle la máscara al viejo. El hombre tiene la cabeza inclinada a la derecha, boquea con los ojos abiertos. Gonza se acerca, le sostiene la máscara con una mano, con la otra abre más la válvula del tubo. Le toma el pulso, le palpa el cuello. La mujer llora desmesuradamente.

—¡Cálmate, cálmate! —le dice Gonza sin mirarla, mientras abre la válvula de oxígeno al máximo y le sostiene la cabeza al viejo. Pero el hombre no reacciona, se afloja del todo y la cabeza le vuelve a caer hacia el costado.

Gonza se ahoga y debe sostenerse de la silla para no caer. El pasillo serpentea, se mueve a un lado y otro ante su mirada. La mujer llora apoyada en la pared.

Gonza empuja la silla a un costado. El viejo queda doblado hacia delante, algo inclinado a la derecha. La mujer dice algo que Gonza no entiende y empieza a derrumbarse. Gonza la sostiene de la cintura, le pide que lo acompañe y vuelve a mirar hacia el patio interno por la ventana. Un vistazo apenas, pero alcanza a ver cuatro o cinco personas apoyadas en la pared. Se marea y se agita más, entonces se inclina hacia a la silla de ruedas, le retira la máscara al viejo y levanta el tubo de oxígeno del soporte.

—Tenés que venir conmigo, acá no podemos estar —le dice a la mujer y la toma del brazo. Avanzan sosteniéndose de la pared. Faltan unos quince metros para la puerta de Neo. A Gonza le parece que no llegarán, se le cierra la garganta, en cualquier momento caerá al piso. Unos pasos más adelante suelta a la mujer y se apoya con las dos manos en la pared. Se ahoga, aspira con fuerza, hace ruido al intentar inspirar con la boca abierta, sigue caminando despacio, paso a paso, afirmándose en la pared.

—Entrá ahí —le dice a la mujer cuando quedan un par de metros.

Ella lo mira, Gonza va deslizándose hacia abajo y suelta el tubo, que cae con un ruido metálico y seco. Gonza se sienta en el piso. La mujer se agacha, toma la mascarilla, la acerca a la boca de Gonza y la aprieta a la vez que grita:

—¡Auxilio, un médico!, ¡un médico por favor, alguien que venga!

La puerta de Neonatología se abre. Victoria se asoma y pregunta qué

pasó.

—No sé, estamos todos descompuestos —dice la mujer desde el piso. Victoria se agacha para preguntarle a Gonza qué le pasa. La mujer le sostiene la mascarilla en la boca a Gonza, que respira de la máscara, levanta la mano y habla:

—Esperen un poco, esperen que me levanto. Vamos a la sala —ordena Gonza mientras se pone de pie ayudándose con el brazo de Victoria. Le pregunta a la mujer si podrá pararse. Ella responde afirmativamente. Victoria recoge el tubo. Gonza ayuda a la mujer, dan los pasos que faltan, entran y van directo hacia el office.

Transpiran, las gotas le caen por la cara, suspiran en silencio, no hablan, como si no quisieran comentar lo que ocurrió. O no lo creyeran.

—¿Qué pasó Gonza? —pregunta Victoria.

—No sé, algo en el aire, todo el mundo descompuesto. ¿Vos cómo te sentís?

—Con calor, cansada, pero bien.

—Afuera todos con el mismo cuadro —dice Gonza.

—¿Y no se sabe de qué?

—Pregunté, pero nadie sabe, habría que averiguar —sugiere Gonza a la vez que recuerda a la gente gritando en la puerta y a las palomas en el piso.

—Ya mismo pregunto —dice Victoria, que levanta el teléfono y marca. Gonza explica que sintió como si se le hubiera cerrado la glotis y no le entrara el aire.

La mujer saca un pañuelo, llora y se limpia la pintura que le corre por las mejillas. Victoria comenta que nadie contesta en el 214. Prueba con otro, tampoco. Vuelve a intentarlo con distintos internos hasta que le responden. De inmediato pregunta si saben qué está pasando.

Gonza y la mujer miran atentos. Victoria hace más preguntas, dice mierda, vuelve a decir mierda, le agrega iuh!, qué bajón, no, nosotros más o menos bien, vengan que acá todavía no llegó la contaminación. Sí, los bebés estables. No, nadie, ninguna madre en toda la mañana. Bueno, vengan, dice, deja el teléfono y gira para contarles:

—No saben de qué es, pero están entrando una atrás del otro. Y los que tienen alguna patología respiratoria no aguantan ni media hora,

tremendo.

Ahora la que dice mierda es la mujer. En cambio Gonza le pregunta si sospechan qué sustancia es o de dónde carajo salió la contaminación.

—Están averiguando, casi todos los hospitales están iguales, y lo único que funciona es mantener a los pacientes ventilados con oxígeno.

—Sin embargo a mí se me pasó —dice Gonza.

—A mí también, no siento nada —agrega la mujer secándose con el pañuelo.

Se miran un instante en silencio, hasta que Victoria gira hacia las incubadoras del fondo. La mujer toma la cartera y clava la mirada en la puerta.

—Afuera está complicado, pero acá se respira bastante bien —dice Gonza también mirando hacia la puerta.

Y al mirar hacia allá se acuerda de sus hijos. Inmediatamente se pone de pie para ir hasta la canilla de la entrada a mojarse la cara.

Las mujeres continúan en el mostrador.

—Mi papá apenas se levantó me dijo que sentía algo raro. Yo también, pero igual vine al centro —dice la mujer—. Al rato me llama descompuesto, entonces le pedí que viniera al hospital y vine enseguida, pero no pude hacer nada...

Gonza camina hacia el fondo marcando en el celular. Antes de llegar al final de la sala, lo atienden.

—¿Lucre?

—Sí, ¿dónde estás?

—En el hospital, ¿y vos?

—En casa, si todavía no llegó la empleada.

—¿Cómo te sentís?

—Como la mierda me siento, un calor tremendo, un montón de cosas para hacer y la tarada esta ni aparece.

—Esta pasando algo raro, ¿no viste nada en la tele?

—Ni la prendí todavía, ¿por, qué pasa?

—Todavía no sabemos, pero mucha gente descompuesta, algo que afecta las vías respiratorias, acá están llegando uno atrás del otro.

—No sabía nada.

—Yo también me descompuse, pero ahora estoy bien, llamaba para avisarte; debe ser algo que contaminó el aire. Hacé una cosa, asomate al balcón y mirá para abajo.

—¿No estarás en la vereda, no? No me vengas con tus idioteces que no estoy para chistes.

—Estoy hablando en serio, apurate.

—Bueno, ya va, acá estoy saliendo.

—¿Qué ves?

—La calle, autos, ¡qué voy a ver! ¿No te acordás lo que se ve desde acá arriba?

—Pero ¿cómo están, se mueven? —pregunta Gonza bajando la voz, poniéndose de espalda a las mujeres.

—Por suerte ya no tocan bocina, pero hace un rato era un loquero.

—¿Se mueven los autos?, fijate bien.

—¿Pero vos me estás jodiendo?!

—¡Fijate si se mueven, por favor!

—No, no se mueven, estará en rojo el de la esquina o habrá un embotellamiento en el paso a nivel.

—¿Y en la vereda, ves a alguien caminando?

—No veo a nadie. Bah, sí, en la esquina hay varios sentados en el piso.

—¡Ves que no es joda!, es grave la cosa.

—¡Ay, decime qué está pasando, no me asustes! —exclama Lucrecia

cambiando de tono.

—Algo en el aire, parece, todavía no está confirmado qué es.

—Decime la verdad, Gonza, ¿qué pasó?

—Eso pasa, pero no se sabe qué sustancia es, por qué no prendés la tele a ver si dicen algo.

—Bueno, esperá.

—¿Y?

—Ya va, estoy buscando un noticiero.

—Bueno, avisame

—Están hablando.

—¿Qué dicen?

—Emergencia en el sur, dice en la pantalla.

—¡No te dije yo!

—Parece que es en toda la provincia. No, en gran parte de la Patagonia es, ahí están explicando con un mapa.

Gonza camina hasta la sala del medio y gira para volver al fondo. Las mujeres lo siguen con la mirada.

—Entonces es otra cosa —dice Gonza después de unos segundos— ¿Vos sentís que te falta el aire?

—Calor siento, y me pesan las piernas ahora que caminé rápido.

—Por qué no mirás a los chicos a ver cómo están.

—Bueno, esperá que ahí voy.

—¿Cómo están?

—¡Esperá que llegue!

—Bueno.

—Están dormidos, pero transpiran, debe ser tanto encierro en la

habitación, voy a abrir un poco.

—No, no abras, escuchame...

—Perá perá, que voy al comedor que anuncian algo.

—No corras que te podés marear, hacé todo despacio. Poné otra radio o buscá en el Facebook a ver si dicen algo —le pide Gonza a Victoria.

—¿No me dijiste que mire la tele?! —grita Lucrecia.

—No, a vos no, a los de acá les digo.

—En casi todo el sur pasa lo mismo, en algunos lados ya no se puede respirar... Alerta nacional ponen ahora.

—Escuchame.

—Pará, pará que quiero ver qué dicen.

—Bueno.

—Te corto y te llamo apenas terminen de explicar.

—No, pará, pará... —dice Gonza, pero Lucrecia no alcanza a escucharlo, o si lo escucha, corta de todas maneras.

—Cortó —les comenta a las mujeres.

—¿Qué dijo? —pregunta Victoria.

—Que en varios lados hay problemas.

—¿En toda la región? —pregunta la mujer.

—En esta zona principalmente —miente Gonza.

—Me parecía, dice la mujer, algo raro sentí a la mañana, yo no soy de agitarme, pero apenas bajé de la cama me pesaba el cuerpo, y lo primero que pensé fue que iba a ser un día tremendo, pero lo que menos me imaginé era que íbamos a terminar envenenados.

Gonza lleva una silla a la sala de la derecha, la ubica contra la pared y sube para observar por la ventana. Autos amontonados en la calle, gente sentada en la vereda, algunas personas se mueven lento, caminan agachándose como si les doliera el estómago. Gonza baja la vista y siente algo desagradable, como si se le apretara el pecho. Por primera vez toma conciencia de lo que está pasando. Unos segundos después, la pesada

certeza, otra intuición de las que se le presentan cada tanto: algo muy complicado se viene, algo que no podrá manejar si no se calma, se tranquiliza y piensa. Eso, lo importante es pensar, no ganamos nada con asustarnos, se dice.

Debe ser algo que cierra los bronquios, por eso a todos simultáneamente. Si fuera un virus sería distinto... Alguna sustancia que afecta el intercambio de gases en los pulmones... un gas pesado que altera la atmósfera.

Debe estar muy saturado el aire, por eso el viejo aguantaba con el tubo de oxígeno. Si a mí me pasó lo mismo, pero me puse la máscara, aspiré un par de veces y mejoré enseguida. Entonces es eso, concluye.

—¡Necesitamos aire, aire envasado! —dice desde la sala de la derecha.

—¿Qué? —pregunta Victoria.

—Vamos a hacer una cosa, ustedes ocúpense de los bebés que yo mientras pienso cómo hacer.

—Yo me voy —dice la mujer poniéndose de pie.

—¿Adónde querés ir?! —pregunta Gonza acercándose.

—A un lugar alejado, a las afueras, si toda la gente está viniendo para el hospital va a ser un desastre acá, hay que irse lejos.

—De acá no podemos salir.

—¡Cómo que no!, tenemos que irnos ahora, aprovechar que todavía estamos bien. Paso a buscar a mis sobrinos y a mi hermana y nos vamos a las afueras, al lago o a cualquier lado, no creo que allá...

—Escuchen, escuchen una cosa —interrumpe Gonza—, afuera están todos descompuestos, así que mejor no salga nadie, tenemos que mantenernos acá que todavía estamos bien y podemos respirar, lo primero es averiguar qué mierda pasa, después vemos —dice observando la hilera de cunas.

Las mujeres se miran por un instante. La mujer abre la cartera para sacar el celular. Victoria lleva la vista hasta el extremo de la mesada y localiza el suyo. La mujer marca. Suena un celular en la sala.

Gonza dice que es su teléfono el que suena. Victoria estira el brazo para alcanzar el suyo. Gonza atiende y se aleja otra vez.

—En mucho lados, la gente... —dice Lucrecia con voz entrecortada.

—¿Queeee? —pregunta Gonza llegando al fondo de la sala.

—Un desastre, Gonza. ¿Cómo hago con los chicos? —grita llorando.

—Tranquilizate, lo primero es no desesperarse.

—¡Pero no entendés, se están asfixiando todos, recién mostraron imágenes de Bariloche, la gente tirada en la calle, por todos lados!

—Te dije que había un problema, hacé una cosa, dejá la tele prendida y vas viendo si explican cómo hacer.

—¡Pero los chicos, a todos les ataca, no sabés lo que mostraron!

—No te desesperes, lo principal es mantener la calma, ya vamos a ver.

—¿Qué hago con los chicos?!

—Por ahora quédense ahí, quizá el problema no llegue hasta el piso nuestro, si es un gas pesado no va a subir tanto. Seguí viendo la tele y no dejes el teléfono en ningún lado que averiguo bien qué hacer y te llamo enseguida.

—Pero no tardes.

—Prepará un bolso con ropa mientras tanto, y fijate qué otra cosa puede hacer falta si tienen que salir —le pide Gonza y corta.

Vuelve al office mareado, se apoya en el mostrador. La mujer lo mira sin quitarse el celular de la oreja. Victoria va hasta una de las primeras incubadoras, mete la mano, le acomoda la sonda al bebé, mira el saturómetro y pasa a la número dos.

—No me atiende nadie —dice la mujer—, ni mi hermana, ni en la oficina, ni mis amigas, nadie.

—Habrán salido al aire libre, por lo visto es lo primero que hacen todos, salir a los piques, por eso tanto despelote en la calle, pasa algo y la gente sale como loca para cualquier lado.

—Pero igual, yo los llamo al celular —dice la mujer otra vez con los ojos repletos de lágrimas.

—¡Mirá que te vas a acordar del llevar el teléfono!

—Todo el mundo lo primero que agarra es el celular —insiste la mujer.

—Por lo visto ahora no se acordaron. O capaz que no funcionan bien. Fijate si tenés buena señal.

—Tengo, no mucha pero tengo.

Victoria continúa con las incubadoras. Pasa de una a otra. Gonza sabe que a veces actúa así, trabaja sin parar, va y viene por toda la sala para no pensar.

Gonza lleva la vista a la ventana de la sala de la derecha, una abertura rectangular, cerca del techo. Ni una nube en el cielo, el sol da de lleno en la pared lateral de un edificio. La imagen de sus hijos vuelve como un flash y otra vez el dolor inmediato en el pecho.

Victoria va hasta la pileta de la entrada a lavarse las manos y la cara. Vuelve al office secándose.

—Hay que seguir con el trabajo, por lo visto no va a venir nadie —dice y le pregunta a la mujer si tiene hijos. La mujer niega con la cabeza—. ¿Pero sabés dar una mamadera? —le pregunta con firmeza, como asegurando que la mujer sabe.

La mujer mira la pared. No suelta el pañuelo ni el teléfono. Victoria prepara leche en dos biberones e intenta hablar con naturalidad:

—Mejor hagamos algo mientras esperamos, vos andá empezando con Joaquín, aquel de allá —le dice a la mujer y le entrega dos biberones—. Dale la de treinta, pero antes lavate las manos y los brazos en la pileta.

La mujer no responde, continúa ensimismada.

—Dale, mientras ayúdame, ¿qué vamos a hacer si no? —insiste Victoria.

La mujer se dirige indiferente a la pileta, como si su cuerpo obedeciera a Victoria pero su mente estuviera en otra parte.

O tramando algo, se le ocurre a Gonza, que la sigue con la mirada temiendo que la mujer haga algo inesperado y salga corriendo hacia la puerta. Pero no, después de lavarse las manos y secarse los ojos, regresa y se acerca a la incubadora. Victoria levanta al bebé, se lo deposita en los brazos y le coloca la mamadera en la boca.

—Joaquín, pesaba novecientos gramos cuando entró, y ahora mirá, unos días más y le damos el alta —explica como si no pasara nada.

—Pero es chiquito todavía.

—No te creas, ya está en uno ochocientos, va muy bien, a los dos kilos se va, ninguno sale con menos de dos kilos, es tiempo nomás.

La mujer recorre las cunas con la vista y la detiene donde Victoria dejó otra mamadera. Un bebé demasiado pequeño, de costillas transparentes, iluminado por una potente lámpara amarilla desde unos treinta centímetros

—Escuchen, escuchen —dice Gonza.

La mujer gira la cabeza hacia el mostrador, la voz de un hombre interrumpe la música para transmitir la noticia:

*“Debido a la catástrofe que abarca la parte sur del continente, las víctimas fatales son innumerables, no se puede brindar información fehaciente ya que las agencias no están anunciando absolutamente nada, incluso han interrumpido la emisión de comunicados. Según los primeros trascendidos que llegaron de Chile, ha sido un problema originado en la parte austral del planeta y se fue extendiendo por el vecino país y la Argentina. Tampoco se descarta un atentado de algún país involucrado en los recientes conflictos que surgieron en el Mar de la China Meridional. Se aconseja a la población mantenerse en sus hogares. En breve más novedades”,* dice el locutor y comienza una canción.

Victoria se acerca al mostrador y cambia de emisora. Las pocas que va encontrando transmiten música. Continúa hasta el final de dial y vuelve. La mujer deja la mamadera vacía sobre la incubadora y habla.

—¿Planeta dijo el locutor, no? Yo escuché planeta, si dijo planeta es porque es algo grave, peor de lo que pensábamos.

—Es una forma de decir... —acota pausadamente Gonza, como quitándole trascendencia a la opinión de la mujer, sin quitar la vista del celular, leyendo los pocos comentarios que sus amigos subieron, todos preguntando lo mismo y comentando lo mal que están.

—Nadie dice planeta a no ser que esté hablando de algo grave.

La mujer se apoya a Joaquín en el pecho, le acomoda despacio la cabeza en su hombro, se balancea palmeándole la espalda y mira a Victoria, que asiente con la cabeza. La mujer da un paso adelante y uno atrás, mira otra vez la pared, se queda en un punto fijo, cerca de la ventana, negando con la cabeza. Se mantiene pensativa, concentrada en el punto, hasta que deja de balancearse, detiene las palmadas y habla otra vez:

—Los yanquis deben ser, se mandaron alguna.

—¿Cómo? —pregunta Victoria levantando otro bebé.

—Los norteamericanos son, tanta ambición tanta ambición... Desde que empezaron con la crisis se asustaron, después ganó las elecciones este loco y para colmo los chinos se le plantaron firme delante de todo el mundo. Así que deben ser ellos.

—Esto debe ser una fuga como la del año pasado —le dice Victoria a la mujer, que parece no escuchar y retoma el balanceo para continuar hablando:

—Capaz que nos quieren eliminar para quedarse con todo...

—Debe ser un accidente —insiste Victoria—, un derrame o un caño que se rompió.

—Tiene que ser una sustancia que flota y te cierra los pulmones —acota Gonza desde la otra sala—, habrá que esperar a que se disuelva y pierda el poder o venga un viento que se lleve todo al carajo.

—¿Pero no se dan cuenta?, esto es otra cosa, no puede ser que de la noche a la mañana... —dice la mujer mirando a Gonza, como pidiendo que le dé la razón, pero él continúa concentrado en la pantalla del celular.

Victoria deja al bebé en la cuna. Se corre a la siguiente y mira a Gonza, que le devuelve la mirada y le hace un gesto como para que no se preocupe por lo que dice la mujer, que vuelve a hablar:

—Aunque los alemanes también pueden ser, ieh! Los alemanes son jodidos también...

—Si es por sospechar, yo sospecharía de los chinos y los rusos, mirá que el presidente de Rusia anduvo sobrevolando por acá, por la zona de Vaca Muerta... —dice Victoria siguiéndole la conversación.

—Y sí, los chinos nunca fueron santos, calladitos, calladitos, ¿viste cómo son?, siempre sacan ventaja, en todo el mundo hacen lo mismo, se meten, se meten... Y cada vez son más. Acá y allá ieh!, ojo con eso.

—Puede ser, ¿viste lo que es la mafia china? Si así son los chinos que vienen, te imaginás los que están allá... —dice Victoria.

—Totalmente, además ahora se nos están metiendo en toda la Patagonia...

—¡Viste!, si empezamos a sospechar, cualquiera puede ser —dice Victoria.

—Sí, aunque sigo insistiendo con los yanquis. Hace rato que vengo escuchando cosas. Si toda la vida hicieron lo mismo, ¿te creés que les importa la gente? Seguro que planificaron algo con los ingleses, incluso fijate, ponete a pensar en esto: ¿quién les va a decir algo si en un rato envenenan a todos?

—Eso pasa en las películas, mirá que... —dice Victoria.

—Salió en un libro —interrumpe la mujer—, una novela que habla justo de eso, un poco fantasiosa, pero no creas que está tan lejos de la realidad, el conflicto es por el agua: de la noche a la mañana empieza a desaparecer el agua, resulta que han logrado reducirla con un método químico, entonces, hacen desaparecer un montón de lagos. Cada noche, lo mismo, cinco, seis lagos en el mundo. ¿Mirá si están haciendo lo mismo con el aire? —pregunta la mujer.

—Pero no se puede hacer algo así, en ese caso se morirían ellos también —acota Victoria.

—No te creas, algo habrán inventado, los yanquis no dan puntada sin hilo, y a pesar de que el mundo es grande, está quedando chico —dice mientras deja al bebé en la incubadora.

—Si lo miramos por ese lado, en ningún lado hay tanta gente como en la China. —dice Victoria, que termina con el bebé, lo acuesta en la incubadora, cierra la carcasa y regresa al mostrador recogiendo las mamaderas vacías.

La mujer camina hasta la próxima cuna y se detiene mirando al bebé.

—Levantalo sin miedo, si los padres los sacan a cada rato —dice Victoria.

La mujer lo hace. Se escucha un ruido cerca de la entrada. Victoria mira la puerta, después lleva la vista hacia el reloj.

—La primera vez que pasa, las doce y media y ni un padre vino hoy, llamaron algunos para preguntar por los chicos y avisar que venían en camino, pero llegar, no llegó ninguno. ¿Vos qué pensás Gonza, no vas a decir nada? —pregunta Victoria mientras prepara un sachet de suero.

—¿El qué?

—De todo esto, ¿qué pensás?

—Nada, no sé ni qué pensar todavía, estoy buscando info en el celular, pero no encuentro mucho, lo mismo que dijeron hasta ahora —está diciendo cuando suena el teléfono del office.

Victoria atiende. La mujer y Gonza miran.

Ella habla, explica, dice que sí, que la nena está bien, igual que el día anterior, los demás chicos lo mismo, el problema no llegó a la sala de neo y le pide que no se preocupe si no puede venir, acá están para eso, que llame todas las veces que quiera, que se tranquilice y no salga si no se siente bien.

—¿No te dije yo?, era la mamá de Romi, la nena de la siete, pobre, hablaba asustadísima —cuenta Victoria después de cortar.

—Y como para no asustarse, ustedes acá porque estarán acostumbrados, pero una se asusta, yo si tuviera un hijo acá estaría desesperada. Y más si no puedo venir —agrega y se detiene como si se le hubiera cruzado algo por la mente, algo que la toma por sorpresa. Unos segundos pensando y vuelve a hablar—: A no ser que esto sea una oportunidad, un regalo del cielo.

Victoria deja lo que está haciendo y gira hacia la mujer, que explica:

—Sí, en una de esas... Si las madres de estos chicos se mueren yo me podría quedar con alguno.

Victoria no deja de observarla.

La mujer mira al bebé que tiene en brazos y agrega que quizá sea su oportunidad para tener los hijos que nunca pudo. Victoria cambia la expresión, parece preocupada. Entonces la mujer baja la voz y le cuenta que hizo varios intentos para quedar embarazada con su primera pareja, que todos fracasaron. Y ahora, justo cuando estaba perdiendo las esperanzas, sucede esto.

Gonza se acerca a Victoria para anunciarle en voz baja que va a salir y la aparta hacia un rincón para hablarle.

—Vos cuidá que esta mina no haga ninguna cagada, me parece que le afectó el tema o lo que respiró antes de venir y ya está delirando, si llega a entrar en pánico puede hacer un desastre.

Ambos saben que es posible, han vivido infinidad de escenas de gente en crisis, de reacciones extremas. Sobre todo en Neo. Nunca se sabe cómo puede reaccionar alguien ante una situación límite como las que se viven a diario en un hospital. Desmayos, descompensaciones, agresiones,

insultos, hasta lo más inesperado puede suceder ahí adentro.

Por eso Gonza le vuelve a repetir que no le lleve la contra y tenga cuidado con la mujer, que no le gusta ni medio la mirada que tiene ni las cosas que dice, capaz que ya estaba loca de antes, termina diciendo, y agrega que él va y viene enseguida.

—¿Pero adónde querés ir? —pregunta Victoria.

— A averiguar qué pasa, y no se te ocurra salir, si podés llamá a los otros hospitales y me contás si averiguas algo, pero no salgas.

—Yo me quedaría acá hasta que nos avisen.

—No te preocupes, si es lo que pienso, no va a durar mucho, además quiero ir al quirófano a buscar una cosa, me llevo el tubo que traje recién, si se me complica pego la vuelta enseguida.

—¿Y si es algo contagioso? —pregunta Victoria.

—Nooo, si fuera virósico ya nos hubiera atacado a nosotros, por más que un virus se propague rápido, no puede llegar a tantos lados en pocas horas.

—Mejor quedate acá que estamos aislados, mirá si salís y te descomponés, en una de esas acá, con los filtros de la ventilación todavía...

—Voy y vengo en un toque, ustedes no salgan por nada del mundo, ni se asomen a la puerta —termina diciendo en voz alta, como para que la mujer oiga también.

Se dirige a la entrada, recoge el tubo y controla el manómetro.

La mujer se acerca y le pregunta a Victoria si los padres de los chicos que ella tuvo en brazos llamaron hoy. Victoria responde indiferente que no recuerda, le parece que no. Entonces la mujer se aleja diciendo que si nadie los reclama se quedará con alguno, cueste lo que cueste, afirma. Y agrega que lo cuidará bien, por algo está ahí, nada es casualidad, ahora entiende...

Gonza le hace señas a Victoria como para que no le dé importancia a lo que dice la mujer y le pide que tenga el celular a mano, que cualquier cosa la llama. Le repite en voz baja que no la contradiga para que no se altere más, pero que la vigile de cerca, porque tal vez le afectó también presenciar la muerte del padre.

Se coloca la mascarilla, pasa el elástico por la nuca y abre la válvula de oxígeno para salir.

Recorre despacio los primeros metros del pasillo con el tubo en la mano izquierda. No le parece muy pesado, pero le costará transportarlo si va lejos o demora mucho. Y, aunque no le parezca tan pesado, unos pasos más adelante se inquieta. Mira el manómetro, calcula, tiene para una hora, un poco más, dependiendo de cuánto abra la válvula.

Dobla, va mirando los consultorios. La jefa de Neonatología en la salita, entre la mesada y una enfermera. Dos mucamas en uno de los patios internos, juntas, boca arriba. Casi al final del pasillo, otra persona, también boca arriba, con los brazos en cruz.

Gonza se agita al observar. Se detiene unos segundos frente al ventanal. Decide continuar con su propósito y cruzar hasta el ala gris por el patio. Afuera siente mucho más calor, la luz le molesta, le parece más intensa y rabiosa que otras mañanas. Hace una visera con la mano libre. Dos hombres y una mujer contra la pared, a la sombra. Dos metros más a la izquierda, una nena. Parece moverse. Gonza se acerca rápido, se agacha para tocarla, pero no, le pareció. Se levanta r&aacut